

# EXTRAÑOS EN EL MUNDO

## Los herederos de Kafka

**E**scribir; una actividad inquietante», declara casi de entrada la autora japonesa Yoko Tawada, que alterna su idioma natal con el alemán, lengua en la que escribió 'Memorias de una osa polar' (Anagrama). Pienso que muchos, antes de ponernos a emborrinar folios, sospechamos lo inquietante del ejercicio de la escritura mientras leíamos, aunque fuese prematuramente, a Kafka. Es posible que también Tawada. En todo caso, hay en su novela un homenaje kafkiano explícito a través de consideraciones sobre una ratona cantora de nombre Josefina y de citas del simiesco 'Informe para una academia' y del relato postrero 'Investigaciones de un perro'. Otro referente claro es el fantástico Atta Troll del poema de Heinrich Heine. Y se alude de pasada, como guías lejanos, a Jean Genet, Yukio Mishima y Oscar Wilde.

Hay que echarle, de cualquier forma, para escoger el punto de vista de una osa polar blanca, con un 'partenaire' aficionado a la guitarra, de nombre naturalmente Iván, y poblar las páginas de osos pardos, panda, malayos, tibetanos o perezosos en torno al mundo del circo (se recoge la cita de Lunacharski: «El circo es el arte que emana de la vida del pueblo») y a los zoos; a la afición a la miel o a los salmones canadienses, hasta que una nevada pareja traiga reminiscencias del Polo Norte y lo cubra todo. Uno de los personajes resume muy bien lo que dije al principio: «La escritura era una acrobacia más arriesgada que bailar sobre una pelota en movimiento».

Con una pizca de ironía, a veces curiosamente naif, Ta-

wada escribe como si flirtea con el lector (en esto no se asemeja en nada a Kafka, que parece siempre como si escribiera desde dentro de ti mismo, de una parte desconocida de ti mismo), te lleva en volandas de un escenario a otro, de un país a otro, de un asunto al siguiente, siempre con un sentido crítico sobre la realidad o la política. Un ejemplo de sus maneras difíciles de encasillar: «Desde allí observé todos aquellos traseños extraños, de pantalón ceñido. Estaban duros y tonificados. Menuda diferencia con mis posaderas, que colgaban como el mono raído de un obrero». El símil se las trae.

Con un aire aún más kafkiano («la persona que la entrevistó no tenía rostro») arranca 'La hermosa burócrata' (Si-

ruela) de la neoyorkina, nacida en Colorado, Helen Phillips, profesora en el Brooklyn College y una de las jóvenes narradoras –tiene 35 años y publicó el libro con treinta y dos– más reconocidas de su generación. Aunque luego se explique que no es que el entrevistador tuviese borrado el rostro, sino que sus rasgos anodinos y, en general, su aspecto grisáceo se mimetizaban con el ambiente, esa primera impresión de extrañamiento absoluto de la frase inicial permanece en la mente del lector, determina el discurrir de la novela.

En el mundo recreado por Phillips, de una deshumanización radical, los sentimientos y la sensibilidad prácticamente han desaparecido. Los desheredados de la tierra habitan en penosos páramos suburbanos y llegar a vivir dentro de la ciudad es ya un ascenso social enorme, aunque sea cambiando de apartamento cada dos por tres, en una especie de deambular sonámbulo. Las personas actúan de manera mecánica, fría, artificial. Los pocos niños que aparecen son como «zombis locos». En este escenario, Josephine, la hermosa burócrata del título, sobrevive en el 'tedium vitae' de su trabajo, atada a una base de datos cuyo sentido irá desvelándose, en oficinas silenciosas de un edificio agobiante, de cemento, sin ventanas, junto a empleados «más muertos que vivos». A pesar de todo, celebra con su marido, encerrados en una especie de apagado autismo, simplemente seguir viviendo, porque llamar vida a su gris subsistencia parece exagerado. Si bien aún sería peor que el ánimo flaquease y la mente divagara hacia las tinieblas.

UN  
ÁNGULO  
ME BASTA

FERMÍN  
HERRERO



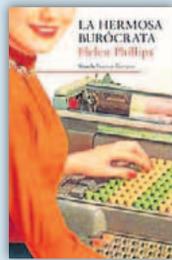


:: JOSÉ IBARROLA



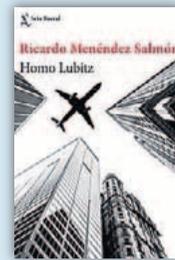
**MEMORIAS DE UNA OSA POLAR**

Yoko Tawada, Anagrama, 296 pp., 19,90 €.



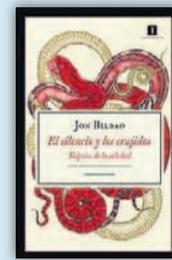
**LA HERMOSA BURÓCRATA**

Helen Phillips, Siruela, 194 pp., 16,95€.



**HOMO LUBITZ**

Ricardo Menéndez Salmón, Seix-Barral, 272 pp., 18,50€.



**EL SILENCIO Y LOS CRUJIDOS**

Jon Bilbao, Impedimenta, 240 pp., 20,50 €.

Ya veremos si la rendija de luz de un posible embarazo llega a consumarse o bien estas existencias rutinarias, reducidas a carpetas, se abisman más en el dolor de los mortales.

Una escena muy embarazosa de esta narración hipnótica que deja el destino humano en manos de los papeles burocráticos, situada en un urinario, parece propiamente sacada de una taberna de 'El castillo', así como la frialdad en los acercamientos a los encuentros amorosos. El extrañamiento salpica todo el argumento: un gorila conduce un coche; en el capó de otro, hay un tiesto de caléndulas; gusanos seccionados se pegan a las suelas de los zapatos; se come en el suelo o aparece un perro con tres cabezas.

'Homo Lubitz' (Seix-Barral), lo último de Ricardo Menéndez Salmón –espero cada nueva entrega narrativa suya, ésta es menos lacónica, con impaciencia, creo que es indiscutiblemente un prosista de categoría–, al igual que 'La hermosa burócrata' no se sabe si es una novela de anticipación –leve en su caso, la acción se desarrolla en 2025– o una lectura simbólica, profunda, del presente. Valga como muestra de la precisión estilística, quirúrgica, con el adjetivo siempre justo, y de la perspicacia de visión de una de las prosas con más musculatura expresiva del momento este párrafo: «En China, el matrimonio entre el vehículo de tracción humana y el bolido rutilante, la infravienda y la ciudad 'transformer', el pozo de acción manual y el enjambre domótico se había construido a velocidad de vértigo y transcurría en una única burbuja visual».

La acción comienza en una

suite de un hotel de lujo de Shanghai, un creativo mercenario –él mismo se define como «un catalizador, un facilitador»– de una compañía «capaz de postular derramamientos de gobiernos y tempestades económicas», una especie de «Internacional del Talento», después de dar «la vuelta al mundo más de veinte veces» lleva año y medio entre Pekín y Hong Kong, si bien confiesa que los chinos son «inescrutables». Desde allí, observa el Bund y se imagina el tráfico de capitales que sostiene la ciudad, mientras está a punto de cerrar el protocolo de un negocio redondo para comercializar en el gigante asiático una pildora para los intolerantes a la lactosa, cuyas consecuencias no puede prever, pues quién sabe dónde acaba el negocio y dónde puede empezar la conspiración.

El título procede de Andreas Lubitz, el piloto que estrelló adrede un Airbus entre Barce-

lona y Düsseldorf, en los Alpes de la Alta Provenza. Y queda nombre a una nueva especie humana, la nuestra, fascinada por los accidentes, acuñada «en brazos de una realidad hipercinética», enferma de angustia ante el vacío y de nihilismo narcisista. A ella pertenecen también los enigmáticos personajes: Control, un demiurgo que vive en el East Village y que dispone como Dios de la eternidad, tras haber sucumbido a su atracción; su ayudante y escudero escandinavo Blomquist, busto y cabeza estatuarios; un fotógrafo de nombre artístico Placer Maduro, que vive en Coyoacán; un cantautor del Sacromonte, Tiriti; la sensual señora Cortinovis, con su leve perfume a lirios, que alquila al protagonista una casa en la Giudecca veneciana... A través de personajes soberbios, con «el espanto que a menudo procura la lucidez», Menéndez Salmón sigue diseccionando los miedos y otras claves de nuestra época, a la que sólo puede salvar la inmarcesible bondad.

Uno de estos temores actuales, el de la soledad, unifica los tres relatos que conforman 'El silencio y los crujidos', quinto volumen de cuentos de Jon Bilbao, cuyo libro anterior, también publicado por Impedimenta, 'Estrómboli', fue aclamado, y creo que con razón, por la crítica. Junto a la soledad, el magnífico estilo sostenido y un personaje, de nombre precisamente Una, que se metamorfosea en anciana criada, enorme anaconda vieja o lolita tentadora, hermanan las tres historias, que en realidad lo son sobre la extrañeza ante el mundo y prueban la capacidad poco común de Bilbao de apurar y sacar adelante con solvencia argumen-

tos arriesgados en extremo.

Como tales pueden considerarse el drama de haber tenido éxito en los negocios, gracias a un buscador web muy peculiar, de contenidos audiovisuales centrado en el porno, con anzuelo, de un emprendedor vasco que intenta buscar refugio, de espaldas al mundo, en una torre medieval menorquina; la revisión de las parábolas de los estilistas tipo 'Simón del desierto' de Buñuel, su fervor de aproximarse a Dios con la pureza que se alimenta de la renuncia a lo terrenal, sus tentaciones, sueños y revelaciones, su quietismo; o la tragedia angustiosa de un biólogo al que depositan desde un helicóptero en un tepuy –tocón mesetario elevado sobre la selva–, en concreto en la cima cuasi plana de unas treinta hectáreas, herbazal lleno de orquídeas y plantas carnívoras, con charcas gigantescas, del cerro Autana, que ningún hombre ha pisado nunca, en la selva venezolana cercana al Orinoco, con la intención de investigar sobre una especie desconocida de ranas que «los indios le habían trocado al final de un aburrido regateo». Las tres fábulas constituyen un verdadero 'tour de force' en su desarrollo y cuentan con inesperadas vueltas de tuerca según avanzan las tramas.

Sobre O'Hara, el protagonista de 'Homo Lubitz', dice clarividente Menéndez Salmón: «Sus años de trabajo en Arconte Limited le habían enseñado dos cosas. Una, que el dinero lo puede casi todo; otra, que donde el dinero no alcanza, alcanza la curiosidad humana o, si se prefiere, su amor por lo extraño». El mismo amor que alienta las novelas que recomendamos hoy.

**«Con una pizca de ironía, a veces curiosamente naif, Tawada escribe como si flirtease con el lector»**

**«La soledad unifica los tres relatos que conforman 'El silencio y los crujidos', de Jon Bilbao»**